

Capítulo 4: La Confesión

«El que encubre sus pecados no prosperará; más el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia» (Proverbios 28:13).

Las condiciones para recibir la misericordia de Dios son sencillas, justas y razonables. El Señor no nos pide que hagamos algo difícil y doloroso para que nuestros pecados sean perdonados. No necesitamos hacer viajes largos y agotadores. No podemos pagar por nuestros pecados mediante el sufrimiento. Todo aquel que confiesa sus pecados y se aparta de ellos recibirá misericordia.

El apóstol Santiago dice: «Confesaos vuestras faltas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados» (Santiago 5:16, KJV). Confesamos nuestros pecados a Dios, porque solo Él puede perdonarlos. Confesamos nuestras faltas unos a otros. Si hemos ofendido a un amigo o vecino, debemos admitir la falta, y es su deber perdonar libremente. Entonces debemos pedir a Dios que nos perdone, porque el prójimo pertenece a Dios. Cuando lo lastimamos, pecamos contra su Creador y Redentor.

Llevamos el caso a Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote. «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades... sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15). Él puede lavar cada mancha de pecado.

Debemos humillarnos ante Dios y admitir que hemos pecado. Esta es la primera condición para ser aceptados por Dios. Si no nos hemos arrepentido y humillado, confesando nuestros pecados, no hemos pedido verdaderamente perdón. Si no odiamos nuestros pecados, no deseamos realmente ser perdonados, y no encontramos la paz de Dios.

Si no hemos sido perdonados por nuestros pecados, la única razón es que no estamos dispuestos a humillarnos. No estamos dispuestos a seguir las condiciones establecidas en la Biblia. Dios nos ha dicho cuidadosamente lo que debemos hacer. Debemos abrir nuestro corazón y admitir libremente que hemos pecado. No debemos hacerlo de manera ligera o descuidada. Tampoco debemos

ser obligados a hacerlo. Debemos darnos cuenta de cuán malo es el pecado y odiarlo.

Si confesamos verdaderamente, derramando nuestro corazón ante Dios, Él nos oirá y tendrá compasión de nosotros. El salmista David escribió: «Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los de espíritu contrito» (Salmo 34:18, KJV).

La confesión verdadera menciona el pecado. Dice exactamente lo que se hizo. Una persona puede necesitar confesar algunos pecados solo a Dios. O puede necesitar ir a alguna persona y decirle que lamenta haberle hecho daño. Puede necesitar confesar algunos pecados en público. Pero cada vez que una persona confiesa, debe mencionar el pecado del cual es culpable.

En los días de Samuel, el pueblo de Israel no estaba siguiendo a Dios. Habían perdido la fe en Dios y sentían que Él ya no podía guiarlos. No sentían el poder de Dios, ni confiaban en que Él cuidaría de ellos. Se apartaron del gran Gobernante del universo y pidieron un rey como el que tenían las otras naciones.

Dios dio a su pueblo un rey, pero tuvieron muchos problemas. Antes de poder hallar paz con Dios, hicieron esta confesión: «Reconocemos ahora que, además de todos nuestros otros pecados, hemos pecado al pedir un rey» (1 Samuel 12:19). Tuvieron que confesar el pecado exacto que había causado sus problemas. No habían sido agradecidos con Dios por su guía, y esto los había separado de Él.

Dios no puede aceptar nuestra confesión a menos que nos arrepintamos y abandonemos nuestros pecados. Debemos hacer cambios decididos en nuestras vidas. Cuando estamos verdaderamente arrepentidos del pecado, abandonaremos todo lo que no agrada a Dios. La obra que debemos hacer se nos presenta claramente: «Lavaos, limpiaos; quitad la maldad de vuestras obras de delante de mis ojos. Dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, defended a la viuda» (Isaías 1:16, 17). «Si el impío restituyere la prenda, devolviera lo que hubiere robado, y caminare en los estatutos de la vida, no haciendo maldad, vivirá ciertamente y no morirá» (Ezequiel 33:15).

Pablo dice que se producen cambios cuando una persona se arrepiente: «Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, iqué solicitud ha producido en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué anhelo, qué celo, qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto» (2 Corintios 7:11).

Cuando el pecado embota los sentidos morales, el pecador no ve lo que está mal en su carácter. Sus pecados no le parecen muy malos. Está casi ciego a ellos a menos que el poder del Espíritu Santo abra sus ojos. Una persona que no es guiada por el Espíritu Santo no es sincera ni fervorosa cuando confiesa. Excusa sus pecados. Dice que no habría hecho mal si ciertas condiciones hubieran sido diferentes.

Después de que Adán y Eva comieron del fruto prohibido, se avergonzaron y tuvieron miedo. Al principio su único pensamiento fue cómo excusar su pecado y escapar de la muerte. Cuando el Señor les preguntó acerca de su pecado, Adán culpó a Dios y a Eva. Dijo: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí». La mujer culpó a la serpiente. Dijo: «La serpiente me engañó, y comí» (Génesis 3:12, 13). Le estaba diciendo a Dios: «¿Por qué hiciste a la serpiente? ¿Por qué la dejaste entrar en el Edén?» Se estaba excusando a sí misma y culpando a Dios por su pecado.

El deseo de excusar los propios pecados viene de Satanás y es compartido por todas las personas. Pero confesar culpando a otro no es el camino de Dios, y Él no lo aceptará.

El verdadero arrepentimiento llevará a una persona a admitir su culpa sin tratar de aparentar inocencia ni de poner excusas. Como el publicano del cual habló Jesús, orará sin siquiera levantar los ojos al cielo: «Dios, ten compasión de mí, pecador». Dios perdonará a aquellos que admiten su culpa, porque Jesús dio su vida para salvar a los pecadores que se arrepienten. Él es el gran Sumo Sacerdote en el cielo.

Leemos en la Biblia acerca de personas que verdaderamente se arrepintieron. Fueron humildes y confesaron sus pecados. No trataron de poner excusas ni de

defender lo que habían hecho. El apóstol Pablo habló de su pecado de tratar de matar a los cristianos. No trató de hacerlo parecer pequeño. Lo presentó tan malo como pudo. Dijo: «Y como los principales sacerdotes me autorizaron, encerré en cárceles a muchos de los santos; y cuando los mataban, yo daba mi voto en contra. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras» (Hechos 26:10, 11). Pablo estaba ansioso por decir: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Timoteo 1:15).

Una persona de corazón quebrantado, humillada por el verdadero arrepentimiento, verá cuánto la ama Dios. Comprenderá el costo del Calvario. El pecador que está verdaderamente arrepentido confesará. Vendrá a Dios tan libremente como un hijo viene a un padre amoroso. Juan escribió: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9).